

CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA

*Este número
contiene:*

UN CUENTO DE
ANTONIO DE OBREGON

MODAS DE PARIS
MODELOS JEAN PATOU

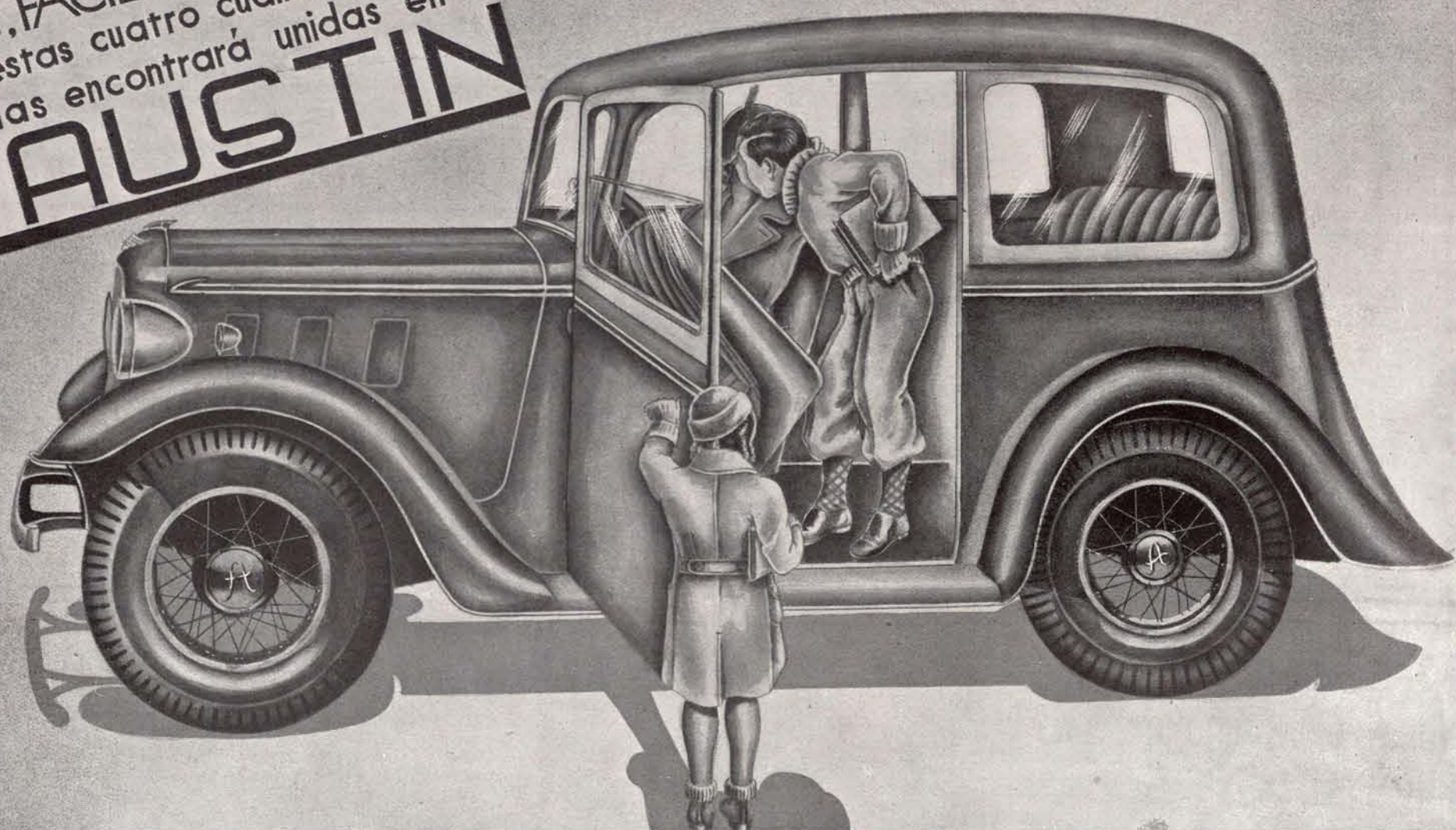
POEMAS - ARTICULOS
CRONICAS - NOTAS
Y LAS
SECCIONES HABITUALES

20 CENTIMOS



F O T O U E A N G E L A R A C I

PRACTICO, ECONOMICO
CHIC, FACIL CONDUCCION
estas cuatro cualidades solo
las encontrará unidas en el
AUSTIN



Banco de Crédito



Local de España

Esta Institución contrata créditos y préstamos amortizables con las Corporaciones locales—Ayuntamientos y Diputaciones—para la realización de obras y servicios rápidamente reproductivos, estando asegurados los contratos con garantías suficientes y fácilmente realizables.

En representación de sus operaciones, el Banco emite **Cédulas de Crédito Local** con la garantía de todas las anualidades contratadas con las Corporaciones, e indistintamente de todos los derechos, acciones y bienes, con hipoteca o sin ella, afectos por aquéllas al cumplimiento de sus obligaciones con el Banco; todos los bienes y valores que forman el activo de la Institución garantizan también las Cédulas en curso.

Las Cédulas son cotizadas diariamente como efectos públicos en las Bolsas oficiales; son pignorable en el Banco de España y en el emisor, siendo además utilizables para la formación de reservas de las Compañías de seguros y para la constitución de fianzas y depósitos en Diputaciones y Ayuntamientos.

Las Cédulas de Crédito Local Interprovincial y los Bonos Exposición Internacional, valores emitidos también por este Banco, tienen la especial característica de estar **directamente garantizados por el Estado**, y de ser admitidas las primeras por su valor nominal en las fianzas que haya que constituir en las Diputaciones Provinciales.

SERVICIOS ESPECIALES DEL BANCO NEGOCIACION:

El Banco facilita directamente la adquisición y venta de los títulos por él emitidos, así como por medio de los Bancos, agentes de Bolsa y corredores de Comercio.

Los títulos se remiten a los adquirentes debidamente asegurados.

DEPOSITOS:

Los adquirentes de títulos pueden dejarlos en depósito en las Cajas del Banco, **sin satisfacer derechos de custodia.**

CUPONES Y AMORTIZACION:

Todos los valores emitidos por el Banco devengan cupones trimestrales, y la amortización de aquéllos se verifica anualmente.

Los cupones de los títulos depositados en el Banco pueden hacerse efectivos desde el día de su vencimiento en las oficinas de aquél, o encargándose el Banco de girar o situar su importe a comodidad de los depositantes.

El Banco revisa cuidadosamente las amortizaciones, avisando a los interesados.

PIGNORACION DE CEDULAS:

Las Cédulas de Crédito Local son admitidas por el Banco Emisor y por el Banco de España en garantía de préstamos y cuentas de crédito.

OPERACIONES Y CONSULTAS:

Para realizar operaciones sobre Cédulas de Crédito Local y demás valores emitidos por el Banco, lo mismo que para resolver consultas relacionadas con aquéllos, dirigirse personalmente o por correspondencia a las Oficinas del Banco.

Dirección abreviada: **CREDILOCAL** Oficinas: **SALON del PRADO, 4**
Teléfonos 12848 y 12850



De Antonio Obregón publicamos el anunciado cuento UN HUSAR BAJO LA LLUVIA, con el que comienza su colaboración en CIUDAD.

EL JUGADOR DE AJEDREZ es el título de un relato del escritor novel Luis Caro, cuyas condiciones literarias son muy estimables. Sobriedad de estilo y vigor en el trazado de personajes y escenas son las cualidades que resaltan en este joven escritor.

TRISTAN BERNARD Y LA ACADEMIA FRANCESA es la crónica que desde París nos envía nuestro colaborador Eduardo Avilés Ramírez, en la cual la figura del gran humorista francés está dibujada con exactos contornos, y en la que se relatan algunas de sus finas anécdotas.

LOS ANGELES, la luminosa ciudad norteamericana, meta de todos los cineastas del mundo, está fielmente interpretada en la versión que de ella nos ofrece Ramón Muñiz Lavalle, insuperable cronista viajero, como ya habrán tenido ocasión de observar nuestros lectores.

NOMBRES FAMOSOS EN PENUMBRA: "BOMBITA". Del antiguo torero, espigado y ágil, levantando entusiasmos en los ruedos de España, al apacible negociante que es hoy don Ricardo Torres Reina, en su despacho de Barcelona, nos habla Otero Seco en una interesante nota, que publicamos sirviendo

de prólogo a otras del mismo carácter que prepara nuestro colaborador.

SABER ELEGIR es el consejo que, con su exquisita manera literaria, da nuestra corresponsal de Modas en París, Mlle. Madeleine Millet, a sus lectoras de España. Acompañan esta crónica unos modelos del gran modisto francés Jean Patou, preparados expresamente para CIUDAD.

CASTILLA es un tríptico fotográfico de José Suárez, el gran artista del objetivo, que actualmente celebra una exposición en Bellas Artes, realizado para su publicación en estas páginas, en las que comienza a colaborar desde ahora. Glosan las estampas soberbias unas condignas palabras de "Kim".

Eduardo Blanco-Amor finaliza en este número sus glosas barcelonesas con dos notas: MUJERES, MUJERES... y LA SARDANA, donde el tema general alcanza su más cuidada forma.

En nuestra doble plana gráfica publicamos LAS FUENTES DE MADRID, por nuestro fotógrafo Aracil, con unas líneas de comentario.

Completan este número nuestras secciones de divulgación médica, curiosidades, página infantil, etc.

Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:

PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID

Teléfono núm. 20860

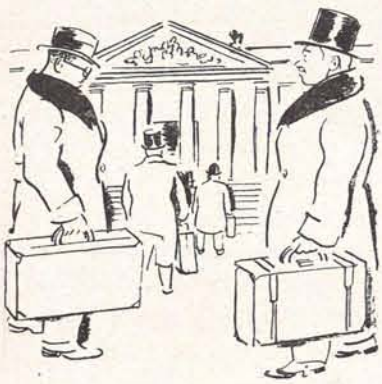
APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II.

30 de Enero de 1935

Núm. 6

LA SEMANA



NO sabríamos eludir en esta sección el suceso fundamental de la semana. Los señores diputados han regresado en elocuentes caravanas desde los cuatro puntos cardinales de España. Esta "rentée" se ha caracterizado por un propósito de imprimir "tempo" a la grave labor de legislar para el bien de la hispana República.

Una experiencia de espectador forzoso de las sesiones de Cortes nos autoriza para ser escépticos en esta materia del ritmo creador de nuestros legisladores. Pero no osaremos emitir una opinión definitiva y abriremos un crédito de algunas se-

manas a nuestros gravísimos padres de la patria.

Don Santiago Alba, florida barba, prosodia impecable y buena ropa, anda terriblemente preocupado con el deseo de que sea verdad que sus presididos vienen resueltos a abatir marcas olímpicas. D. Alejandro Lerroux, por su parte, ha ido a afinar en la templada ribera de Alicante su hermosa y juvenil voz de barítono, y a restaurar su físico con una dorada paella y unos cortadillos de ese vino maravilloso de los cerros levantinos. Y a templar su ánimo esforzado con la noción inefable de la asistencia de sus amigos.

Hay un ministro que se ha ido de caza. Como está vigente la veda, me libraré muy bien de decir su nombre, ni siquiera sus señas personales, demasiado salientes.

Esperemos que el contacto con la Naturaleza, "el sosiego, el lugar apacible..., etcétera, etc.", nutran de felices substancias a las mentes de los líderes y a las de sus coros respectivos. Pocas heladas más y ya está la primavera encima. Al próximo número habrá ya en Toledo un almendro en flor, y del fondo heladito y aterido de la entraña de Castilla saldrá el primer hilo de savia por los tallos arriba.

Supongamos que el caletre de nuestros diputados ha pasado el invierno en un sueño, y que de ese sueño fué una pesadilla horrenda el trágico "pathos" que ha destrenzado los brazos de España en ademanes patéticos de Niobe dolorida. Y pidamos que empiece a subírseles desde el corazón a la cabeza y a los labios a nuestros legisladores el tenue hilillo del patriotismo, para que la Primavera dé una pomposa floración de realidades sobre el ámbito de España. Dios nos escuche.

JAVIER de Ramos Winthuyssen y Victorio Macho parece que no han visitado los cementerios románticos. Pero Winthuyssen, con la maraña vegetal de sus barbas y el eco vocálico de sus "es" andaluzas abiertas, y Victorio, con su chambergo de caballerito castellano de provincia y su cara labrada a puros cierzos, son dos románticos de verdad.

A su lado, con frecuencia se ve, con su insignificancia física, pero con la infinita grandeza de su alma infantil, a Cristóbal Ruiz, natural de Ubeda, en la frontera extremeña de Castilla. A Cristóbal Ruiz, el hombre que pinta un cuadro con dos reales de pintura y dos líneas paralelas de una emoción inigualable.

Winthuyssen y Victorio Macho han presentado a

la Junta de Conservación Monumental y Artística de Madrid un proyecto de jardines para el Museo del Prado.

El conjunto arquitectónico, y digamos forestal, del Paseo del Prado, con el Museo, el Botánico, las fuentes y los edificios, es, salvo algunas fallas de Trajineros, uno de los conjuntos más bellos de Europa. Puede serlo muchísimo más a poco que Madrid se apure en conseguir unos cuantos matices que faltan. A este fin se dirigen los esfuerzos del mago Winthuyssen, el hombre que más sabe de jardinería en España, y Victorio Macho, el gran escultor a quien caben en la cabeza concepciones arquitectónicas de gran estilo.

Suponemos que el proyecto será aceptado rápidamente por el Ayuntamiento. Es preciso, cuanto antes, dotar a Madrid de una Carta municipal típica por su carácter de capital de la República, y hacer posible que una obra de este empeño no se malogre por cualquier minucia administrativa.

Winthuyssen y Victorio Macho, acompañados del gran pequeño Cristóbal Ruiz, son unos buscadores de la belleza madrileña pura y señorial. Cuando encuentran la gracia de un traje floreal para la corte de España, no puede desairárseles. (Ya explicaré en otra ocasión por qué, no obstante mi republicanismo acendrado, antiguo y futuro, llamo sin empacho a Madrid la corte de España.

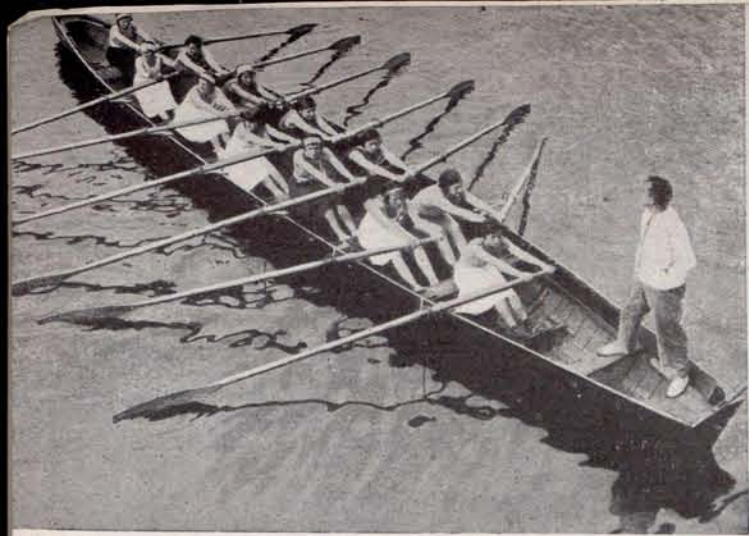
OTRO éxito de Arniches y Domínguez. Ya no habrá muchos lectores que ignoren quiénes forman esta pareja. Pero si alguno queda que crea que se trata de dos saineteros, queremos echar por delante que Carlos Arniches y Martín Domínguez son dos arquitectos que triunfan sobre el tablero y el ferropusiatto con tanta frecuencia como triunfa sobre las otras tablas el glorioso D. Carlos y sus colaboradores.

Se va a abrir el Albergue del P. N. T. en Aranda de Duero. Con su inauguración, los dos jóvenes arquitectos añaden un hito más al camino signado de triunfos de su carrera. A ese triunfo de ahora va asociado un nombre para nosotros muy querido: el de Juan Esplandiú, el gran artista que ha decorado los muros del Albergue con su fina gracia madrileña y su "esprit" de artista universal.



HA salido a la luz esta semana el Almanaque Literario, que editan Guillermo de Torre, Miguel P. Ferrero y E. Salazar Chapela. Buen viento le dé el Señor. Todos en él pusimos nuestras manos. Y salvo lo que tocaron las pecadoras que trazan estas líneas, todo el libro es interesante, y no habrá mesita de lectura íntima en ningún hogar de buen tono espiritual donde el Almanaque no se halle.





Remeras barcelonesas.

Mujeres, mujeres...

Ninguna ciudad más poseída por la mujer que Barcelona. Tanto podrá haberlas; más, no es posible. Mujeres en la calle, en los cafés, en los espectáculos, en los "fields" deportivos, en las plazas de toros, en la playa, en el campo, en la montaña, en los tranvías, en los aviones y el "metro". Montones de mujeres, racimos de mujeres, en el agua y en la tierra y por encima de la tierra y del agua. Mujeres en la intelectualidad pura y en el periodismo práctico, en la música, en la pintura, en la poesía, en todas las artes inventadas y en otras que están a punto de inventarse. Mujeres en los oficios, en las industrias y en todas las especulaciones, desde las del espíritu hasta las del aceite. Mujeres en la política pasiva y en el apoliticismo activo. Clubs de remo exclusivamente de mujeres y para mujeres. Mujeres esquiadoras, alpinistas, nadadoras, fundando, rigiendo, organizando y fomentando instituciones donde los hombres no tienen nada que pintar. Peñas, "lligas", comités, agrupaciones, círculos y mutualidades de mujeres. La oronda dama pasadista que aún presume de curvas; la muchacha de perfil epiceno con el pelo corto y alisado y la arista de las clavículas sosteniendo la americana de hombro militar; la bigarda ancona y huesuda, jugadora de rugby, con piel de gallo viejo cubriendo el ancho esternón menopáusico; la "tenniswoman" modelada en pasta de músculo; la tripulante de yate con pantalones de franela y gorra marinera; la lanzadora de jabalina, enjuta, clásica, perfecta; la abogada con lentes de Carey y cartera de papeorios, y la médica con la caja de los hierros feroces corriendo hacia una apendicitis a los 100 kilómetros de su coche. Mujeres pausadas, veloces, duras, fofas, distinguidas, vulgares, jóvenes, viejas, intermedias, medianas, mediocres, mediadoras, horrendas y bellísimas, a cualquier hora, a todos los momentos, en todas partes y a todos los ritmos y compases, metiéndose en todo y saliendo de todo.

Si tuviera tiempo (y fuese menester de estas fáciles prosas andariegas) para rebuscar, a través de este tumulto, el trazo espiritual predominante en la barcelonesa, procedería por método eliminatorio comparándola con algunas de las otras mujeres de España. Y diría que este trazo espiritual básico está en la andaluza, más que en la consabida gracia, en esa facultad de transmutación hacia lo lírico y lo apasionado de todo cuanto la realidad le ofrece de imagen y de suceso; en su transcendentalismo temperamental, que la lleva a asociar a las pequeñas cosas de su mundo personal la colaboración de todos los trasmundos de que es capaz. La andaluza ante lo insólito cotidiano—valga la paradoja—del hecho pasional que es toda su vida, deja instantáneamente de considerarlo como acaecimiento vulgar y le otorga categoría de excepcionalidad sólo porque es suyo; y entonces se trueca en una antena cargada de flúidos, que recibe y dispara mensajes extraordinarios desde y hacia horizontes y metas sin mapa de fatalidad y tragedia. El cielo y la tierra se le amalgaman en este personal complejo: la canción y el milagro, la risa y la lágrima, el diablo y Dios. Y su corazón, caracola cósmica, se convierte en la honda espiral resonante de un universo de fenómenos donde lo irreal y lo real han borrado su línea fronteriza. En cuanto a la castellana, quizás su esquema espiritual consista en todo lo contrario, en mirar a la realidad con ojos de carne y en no complicar demasiado la propia intimidad con lo que la vida tiene de paso, de suceso. Le falta metafísica, abstracción, comezón interpretativa, porque Dios es el punto de referencia y la fe el mejor instrumento del conocimiento. Teresa de Avila escribió sus raptos dándole gran lugar a la mecánica sensorial de los mismos, como si la gracia divina la tactase con suaves dedos de luz, buscándole el desmayo del ánima a través del apretado justillo y de la trabazón de las carnes y de los huesos. El deliquio que antecede al rap-

to o la desmayada postración que lo sigue, son la intuición, primero, y el deslumbramiento, después, de la sensible plástica en que la divinidad se le concreta y realiza, y que la santa transmite después a los otros humanos mediante metáforas troqueladas en la más dura materia de idioma que acuñó Castilla. En cambio la gallega se define por su imaginación antiplástica, por su alma demorada en unos constantes puntos suspensivos, por su evasión de la realidad a través de los muros penosos con que la realidad la sujeta en su dique de cristal. Lo material y lo espiritual en marchas divergentes. Ensueño vago y despoblado de formas, para crear luego en esta bruma, un mundo lírico a su capricho, totalmente intransmisible. La catalana esencialmente, es una sola cosa precisa, clara y dura como un diamante: naturalidad. En cualquier ambiente donde actúe, será "la bien plantada". En la cátedra, como en la cocina, en el fragor de la liza deportiva, como en la templada intimidad del hogar. Naturalidad, serenidad y perfecto utodominio en la barcelonesa.

Todo el instrumental técnico y espiritual de la vida nueva rinde en sus manos exactas obediencias. Sintomía cabal de sujeto y ambiente, de psicología y trabajo. Más que un sentido heroico de la vida que necesita como premisa la abnegación para cumplirse, como la andaluza, o de una lírica pasividad que no carece de sensatez para reconocerse como la gallega, la barcelonesa es dinamismo inteligente que devuelve al medio sus excitaciones con una vibración adecuada, ni tarda ni original. Naturalidad, en suma. Hasta en el amor, que aquí no participa de esas ocultaciones solapadas, falsamente púdicas de otros pueblos de España, deteni-

Barcelona

P O R

EDUARDO BLANCO AMOR

dos en un rezago de orientalismo inmoral y sucio, aislador de sexos, que es tanto como excitador de sexos. Aquí, los novios van del brazo de sus parejas o amicalmente enlazados de la cintura, sin la presunción maja, chulesca y falsamente varonil de quien va enseñando a los demás una presa. Y éste es uno de los matices más finamente modernos de Barcelona. En los parques, donde las jóvenes parejas pasean—para pasear, no para ocultarse—, el español de la España violenta, acartonada y seca, recibe una de las más suaves lecciones de la Europa contemporánea.

La Sardana

Una de las más finas y hondas emociones de arte popular que yo haya sentido en mi vida, la recibí frente a la sardana, la bella danza del pueblo catalán. Para que este espiritual acontecer aparejase todos los factores de la verdadera emoción estética, ni la sorpresa le faltó, puesto que me encontré con la sardana cuando menos me esperaba, una mañana de domingo en un parque, abriendo sus pétalos humanos entre las otras flores. Pura emoción de arte originada, más que en el sonido y en la forma, más que en lo accesorio y decorativo de esta danza—que, como todas, tiene su matemática arquitectural y su ornamentación barroca—, en su ritmo inexorable, numérico, preciso, como una cristalización de la naturaleza. La sardana es una flor geométrica, una rosa lineal que se abre en las plazas de Cataluña. Un cielo con lluvia de oros riega sus aristas, y la sardana flota en esta lavada luz levantina como la estrella de mar en los cristales de la rompiente. El sol se estira en el marco de la plaza, como la seda en el bastidor, y los pies de los bailarines van bordando en su blanca página, con pasos breves, pausados, finos, de cortesana distinción, los dictados de la pauta melódica. No es agitada zarabanda campesina, sino delicado compás señorial; minueto múltiple y unánime en el que las manos, los pies y las almas se mueven como tomados por una misma y exacta voluntad magnética. No sé si nació en el campo o en la ciudad, ni me importa. No quise estorbar esta clara emoción de arte vivo con la turbidez de la comprobación erudita. De todas formas, como toda arte verdadera, inaugura en cada instante de su presencia un candor de cosa acabada de nacer, cuyo frescor no hay para qué exprimir con superfluas preguntas. Pero si la sardana nació en el campo, no de-

bió de ser bajo el numen de dioses forestales o cereales, sino cobijada por todas las finuras del gótico catalán proyectando siluetas de templos y palacios en la página del suelo, para que las cresterías y alicatados del primoroso encaje de la piedra diesen su norma a los pies minuciosos de los danzarines.

La sardana brota en cualquier parte, como las flores de este suelo.

La "cobla" se encarama en su tablado y la gente acude de inmediato a formar en las ruedas de la danza. Las inicia cualquiera, dos muchachas, unos amigos que van paseando, se toman de la mano y empiezan. Gravedad ritual de actitudes, las manos en alto, muy siglo XVIII y la línea del cuerpo graciosamente modelada. No tardan en acudir nuevos bailarines. Todo el mundo tiene derecho a un puesto en el círculo. Basta separar las manos de otros dos y ofrecerles las propias. El compás se toma de inmediato y la danza no se interrumpe con los aportes nuevos. El corro se ensancha, la estrella añade nuevas facetas sin descomponer su exactitud. Ya es grande como toda la plaza. Pero no importa; si el lugar escasea, en medio de la fundamental se forma otra o varias cadenas concéntricas. Cuando yo llego a este lugar del parque, atraído por la música, me encuentro con unas veinte ruedas de sardana que se mueven al mismo compás. ¡Maravilloso espectáculo!

Trasluce esta danza sus múltiples símbolos. Danza civil, ciudadana, civilizada, donde se mezclan en un mismo respeto, casi litúrgico, hombres, mujeres, niños, ricos y pobres. El charol y la alpargata juntos otra vez como en tantos otros momentos de esta ingénita democracia barcelonesa. Las categorías sociales sometidas a una superior categoría sagrada: el ritmo. Y a otra más superior todavía: el sentido de continuidad racial que la sardana establece, trayendo desde bailarines remotos hasta los presentes, y transmitiendo de éstos a los que vendrán, las esencias étnicas que animan toda creación y toda continuidad folkóricas. Y sagrada también porque la sardana, hoy rosa libre brotando en las plazas de Cataluña, fué en años y en siglos oscuros, rueda dentada donde esa misma civilidad fué torturada injustamente por la incomprensión y el ultraje histórico. Pero por los ojos de sus círculos innumerables, Cataluña continuó viendo el cielo eterno de la patria. Y fué quizás en las cadenas de los bailarines tomados de la mano donde la dispersión individual, ajustándose voluntariamente al ritmo colectivo, organizaba su fe futura y apretaba su esperanza entre los dedos, enclavados por la angustia de no merecidos y torpes vasallajes. Por algo Maragall, poeta máximo, porque lo fué también de los dolores de su pueblo, dijo un día:

*La sardana es la dança mes bellá
de totes les danças que's fan y desfán.*

*Es la dança sensera d'un poble
que estima y avança donant-se les mans.*

¡Tota ma patria cabrá en eixa anella

¡Toda mi patria cabrá en ese anillo! Gran decir y honda profecía. La sardana es el anillo de los esponsales entre Cataluña y su destino; es prenda de fidelidad de la raza a su genio y a su suelo, y es rosa geométrica y musical, siempre fresca: unas veces regada por rocíos de lágrimas, y otras por claridades de esperanza, parpadeando sobre sus círculos mágicos.

Y ahí quedan esos desordenados arpegios de la clara risa de Barcelona, tan mal conocida y tan peor juzgada por muchos españoles que no quieren ver en Cataluña lo que ésta tiene de una posible España mejor. Todavía hoy tienen vigor de verdad las tan dichas palabras de Cervantes: "Barcelona, archivo de la corte sana, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres..., correspondencia grata de firmes amistades y en sitio y en belleza única."





Vestido en "marrocein" negro; chaleco de piqué fantasía blanco.
Sombrero de "gros", grano negro.



Vestido de "jersey" natural, fileteado de oro; lazo y adornos granates.
Sombrero de fieltro también con adornos granate.

MODELOS DE
JEAN PATOU
EXCLUSIVOS PARA "CIUDAD"

Siempre fué la *toilette* el demonio familiar de las mujeres. Por eso, en esta época del año en que todas piensan en sus *toilettes* de primavera, vamos a tratar la cuestión primordial: *saber elegir*.

Cuando se vive lejos de París, uno se figura haberlo hecho todo, en cuanto a elegancia se refiere, con copiar los rasgos principales—por lo general, se eligen los más excéntricos—de la nueva moda. Pero la moda, aun la nueva, no es solamente la moda parisiense: hay que conocer el arte y la manera de usarla.

El traje de tarde y, sobre todo, el de la mañana, destinado a mostrarse a pie, en la calle, es el triunfo de la parisiense, quien ha resuelto ese difícil problema que consiste en pasar inadvertida ante los ojos de aquellas personas que no tienen el gusto muy refinado, mientras que es notada por las que tienen el gusto certero y experimentado. En esos vestidos, los colores son oscuros o neutros, y los adornos, discretos. ¿Qué es, entonces, lo que hace llamar la atención de esas *toilettes*? Es la armonía, la justeza y proporción de los detalles que la componen: su manera ingeniosa y simple, y es, antes que nada, la adaptación de la forma y el color a la persona que los lleva. Voy a indicaros, de pasada, el traje de mañana que goza de todos los favores en este momento, y que es el más práctico. Es de lana, casi siempre negra. Sus faldas son ligeramente acampanadas. La chaqueta es corta, de forma algo enta-

llada, cerrada de arriba abajo con botones y realzada con un adorno de astracán.

Pero volvamos a nuestro tema. Os decía que era necesario antes que nada saber *servirse* de la moda. No basta, en

Modas
Cortes de París
por Madeleine Millet

SABER ELEGIR

efecto, llevar un vestido a la *moda*: hay que saber distinguir entre esos vestidos cuál es el que conviene a nuestro físico, a nuestra talla, a nuestra fortuna y a nuestras costumbres. No basta tampoco escoger un color *de moda*: hay que saber elegir entre los colores el que mejor sienta

a nuestra tez, al matiz de nuestros cabellos y a nuestra edad. Esta cuestión de la edad es la que oculta más escollos en la elección de nuestra *toilette*.

Es necesario pensar que cada mujer tiene un tipo muy particular, que ella debe esforzarse en aventajar y mejorar, sin hacerlo trivial—y aun vulgarizarlo—so pretexto de que *es nuevo*, y no olvidar que la corrección y la armonía son las bases de la elegancia. Todas las mujeres deben distinguirse y mostrar su personalidad, aunque sea por un solo detalle: todas deben hacer valer sus cualidades físicas, sean morenas o rubias, delgadas o regordetas, e ingeniar en descubrir los modelos que, al hacer resaltar esas condiciones, las favorecerán.

Poned un sombrero muy pequeño en la cabeza de una mujer corpulenta, y quedará mal. Colocad un sombrero estrecho y elevado en la cabeza de una persona muy alta, y quedará igualmente fea. La culpa será de las mujeres, y no de los sombreros. Y esta mujer muy mona, pero bajita y ancha, que se dejó seducir por ese lindo *tissu*, deslumbrador, es cierto, pero tejido en gruesas rayas horizontales, ¿no es cierto que se parece a un embuchado? Y esta vez también no habrá que incriminar al *tissu*, sino a la elección de la mujer.

Resumamos, pues, nuestro crónica así: Toda la seducción y la elegancia femeninas se concentran en estas simples palabras: *saber elegir*.

Servicio de modas de París, exclusivo para CIUDAD



I
(1914)

Un oficial de Húsares cruzaba una calle bajo la lluvia. Entonces, en 1914, esto no era nada extraordinario ni tenía nada de particular, pues teníamos húsares para hacernos decorativa la vida.

Los colores de su uniforme, compuestos para competir con las cataratas de luz artificial de los bailes en los grandes teatros de la Opera, inventados para la mayor alegría del Ejército y para seducir a las lectoras de tantas novelas blancas, eran un verdadero insulto inferido a la sinfonía gris de la calle, los edificios, los vehículos y los transeúntes. No había más gritos de color que los suyos, aquella mañana, en los desiertos áridos de las plazas y en los espejos empañados de las calles.

La gente, cuando llueve, tiene la fea costumbre de vestir mal, y por eso, entre un montón de paraguas abiertos, chanclos de goma, pantalones salpicados de barro, gabardinas pardas, hongos desteñidos, barbas descuidadas, faldas mojadas, bufandas con flecos y aquellos impermeables con capucha que llevaban hasta las personas más serias, y que —ahora nos lo explicamos perfectamente—eran los fantasmas precursores de la gran guerra, entre ese mundo sórdido, de duelo y sacramental, relucía el uniforme del oficial de Húsares de la Princesa, a quien, como a los blanquísimos y aristocráticos cisnes, la lluvia respetaba.

Su rojo, su azul cielo, su charol brillante, sus dorados intensos, constituían una verdadera ofensa personal para los funcionarios, contables, ordenanzas, viudas, etc., que caminaban por la calle. El no se parecía nada a ellos. Era de una raza distinta y luminosa. Pertenece al sexo brillante de las máscaras y, aunque caminaba a pie, no podía confundirse con un peatón, pues se consideraba él mismo como una carroza aparatosa y excepcional.

Un guardia encargado de regular la circulación en todo el barrio paró los vehículos para que él pasara, y sus botas, altas y negras como tiras de noche pulimentada, cruzaron el río del arroyo, seguidas de una multitud mediocre de zapatos sucios y desvencijados, que eran como el desecho de una sociedad que se moría por los pies.

Dos tranvías anémicos, cuatro "taxis" pesimistas, dos autobuses impacientes y una motocicleta de aquellas Harley-Davidson, del servicio policiaco, le rindieron honores, viéndole pasar a través de las cortinas del guacero.

En la otra acera le salieron al paso dos Bancos, una tienda de corbatas, un buzón de correos, plantado, como un pasmarote, en medio de su camino, con su boca de león abierta; la rana anunciando el agua de Solares, que acompañó nuestra infancia, y un hombre pellizcado por muchas tenazas que se arrastraba en el escaparate de una farmacia, con la vista levantada hacia un frasco alvador.

Cuando dobló una esquina, la decoración varió por completo, pues se encontró junto al soportal de una plaza de provincia, bajo un farol de gas, donde se detuvo, como si tuviera la obligación de sostener con su espalda quel arco de piedra que se caía...

Arreciaba la lluvia.

A lo lejos se oían los ruidos de la ciudad, que llegaban moribundos allí.

No tuvo más remedio que pasar un "simón", con su caballo empapado, como un naufrago, y una mano enguantada de mujer asomando detrás de la ventanilla...

Fué cuando el pesado armatoste de un automóvil militar paró a su lado, intentándole borrar a fuerza de nubes de benzol.

Descendió un hombrecillo insignificante y reumático.

—¿Qué hace usted aquí?

—A la orden de usted, mi general. La fiesta de hoy...

—Hoy no hay tal fiesta. Es mañana...

Un Húsar bajo la lluvia

Cuento de Antonio de Obregón

E L A U T O R

Con el delicioso relato "Un húsar bajo la lluvia", CIUDAD presenta a sus lectores a su nuevo colaborador Antonio de Obregón, ensayista amplio y seguro, de gran registro temático y de afinada sensibilidad, que va desde las exégesis líricas hasta la crítica teatral, la novela y el cinema. Como literato de creación, está bien reciente su éxito con la novela "Hermes en la vía pública". El talento, la vitalidad y la juventud de Antonio de Obregón son, además de la espléndida realidad que rezuma su obra presente, una de las más ciertas esperanzas de nuestras letras contemporáneas.



ILUSTRACIONES DE "GUTXI"

Todos los colorines de la indumentaria del húsar palidecieron de pronto.

—Mi general...

—Queda usted arrestado en su domicilio. Ya se le avisará cuando le sea levantado el castigo.

Y el húsar se encaminó a su casa.

La lluvia, al verle vencido, comenzó a mojarle de verdad.

II

(1914)

Ninguna casa tan de húsar como la suya.

Sobre todo, tenía un gabinetito, con sillería azul cielo, con flores y encajes sobre el respaldo de las butacas, que era un primor.

Al entrar en aquella habitación se percibía un olor viciado y agradable a interiores añejos a la ropa de otro tiempo, a naftalina y a alcanfor, a flores marchitas y a libros antiguos, a tapicería densa y mullida...

Las lámparas estaban cubiertas de gasas y, junto a un brasero de bronce muy espectacular, velaba un gato de angora, a quien la vanidad no dejaba nunca dormir.

Una virgencita diminuta languidecía en la campana neumática de un fanal, sobre una consola.

El escritorio, muy romántico, con la larga pluma de ave hincada en el cacharro de Talavera del tintero. Allí escribía él largas cartas amorosas que no echaba nunca al correo, cartas llenas de promesas y ternuras, que no enviaba jamás a ninguna mujer, pero que escribía para cumplir con su deber sentimental de oficial de Húsares.

El día de su arresto se vistió cómodamente para permanecer en casa. Con su bañín y sus zapatillas, se dejó caer en el gran butacón, incapaz de acoger en su regazo a toda la familia, en posesión del volumen más grande que encontró en su biblioteca.

A su lado tenía el velador con la jarra de agua y un vaso de tisana.

Acostumbraba a leer historias de batallas, novelas de héroes con uniformes esplendorosos. El no comprendía la literatura como no fuera con el fin de deslumbrarle a fuerza de fausto y oropel, pues tenía el alma orgullosa de los húsares.

Sobre todo, amaba un libro predilecto, el que tenía siempre en las manos, y que, cuando terminaba, volvía inmediatamente a comenzar. Era la historia de Genoveva de Brabante...

Cuando levantaba los ojos de sus páginas se encontraba con su tía, que, con mangas de jamón y ojos pardos, estaba en el cuadro de enfrente. El la quería mucho, pues era una mujer novelesca y complicada, madrina de los oficiales de todos los ejércitos del mundo.

Leyendo, se le pasó al húsar el tiempo tan rápidamente, que no se dió cuenta de que los días y los meses transcurrían, sin que la orden levantándole el arresto llegara.

El ambiente aquel de su gabinete tuvo la culpa. Y Genoveva de Brabante también.

Se le había parado el reloj de la chimenea—un París auténtico—y nadie quitaba las hojas del calendario. Su tía pudo avisarle, haciéndole señas desde el cuadro; pero tampoco lo hizo.

Disciplinado militar, soldado pundonoroso, ni se le pasó por la imaginación salir de casa sin permiso de la Superioridad.

Siempre ignoró que el general que le había arrestado, momentos después murió de una embolia al entrar en su casa, sin haber dado a nadie noticia del correctivo impuesto.

El oficial permanecía sumiso y soñador en su casa, mientras que en el cuartel corrían diferentes versiones sobre su ausencia. Un rival suyo, con quien había compartido el campo de honor, y al que había herido en duelo, inventó lo de que había desertado, huyendo de un suceso turbio e incompatible con la dignidad de húsar.

Y pasaron veinte años...

III

(1934)

Cuando se puso el uniforme, experimentó la primera grave contrariedad. Había engordado ocho o diez kilos, y los botones se negaban a sacrificarse, asfixiados por los ojales.

Los años no pasan en balde, y se notó pesado y nada ágil. Veinte años más son suficientes para que un húsar pierda su prestigio. Los húsares tienen un esplendor muy efímero, como los galgos.

Cuando salió a la calle tuvo una sensación molesta y ruidosa. El aire pesaba como si fuera de plomo y un estrépito incomprensible quiso romperle los oídos.

—¿Por qué sonará tanto el mundo?—se preguntó.

Su primera sorpresa fueron los nuevos automóviles de líneas esbeltas y elegantes, comparados con los pesados carromatos de su tiempo, que arrojaban humo por todas partes. Cuando se le echó encima, al cruzar la primera calle, un autoplano largo y brillante como un proyectil, tuvo miedo. ¿Qué podía un pobre húsar ante objetos tan hermosos y útiles? (Porque hoy las mujeres prefieren un coche a un húsar.)

Caminaba sobrecogido, y cuando llegó al centro de la urbe, su estupefacción no tuvo límites.

Los rascacielos se apoyaban unos en otros, inclinando las cabezas de sus áticos sobre



la línea de la calle para contemplarle; las colmenas con ruedas de los autobuses cargaban y descargaban gente que le empujaba y oprimía; coches de todas las marcas, con las últimas innovaciones del Salón de París en el rostro, pasaban junto a "taxis" necesitados que carraspeaban como viejos gotosos al cambiar la velocidad; los escaparates, como queridas perfumadas y fragantes, salían a su paso y con gestos seductores le hacían toda clase de proposiciones, riendo con las dentaduras de sus reflejos y de sus lunas curvas, y mostrándole todos los tesoros que se pueden, de momento, ambicionar. El sol, padre del éxito y del optimismo, calentaba la carne de metal y de cemento armado, sumergiendo en un baño tibio a la ciudad, que marchaba por el cielo azul como un gran transatlántico moviendo todas sus hélices...

Un camión de hielo, un coche de un ministro, dos motocicletas y hasta un carro del pan estuvieron a punto de engancharle.

Pero lo peor de todo era la expectación que producía.

Llevaba detrás una multitud, una muchedumbre, toda una manifestación del Primero de Mayo... No le dejaban andar. Le miraban, le tocaban, seguían todos sus menores movimientos, le espiaban...

Le señalaban con el dedo:

—Un húsar.

—¿Cómo puede ser eso?

—¡Si ya no los hay!

—Se acabaron hace mucho tiempo.

—¿De dónde habrá venido?

—¿Cómo no le habrán cogido ya?

Esto es lo que más le llegó al alma de todo lo que le soltaron, que le dijeran: "¿Cómo no le habrán cogido?", como si se tratara de un delincuente vulgar, un "gangster" peligroso, uno de esos que roban los tapones del radiador de los coches, en las paradas de los teatros.

La gente comenzó a pasar a mayores.

—¡Cogedle!—dijo alguien.

—No le dejéis escapar...

Entonces, comprendiendo que estaba en serio peligro, se abrió paso hasta un "taxi".

—Lléveme al cuartel de Húsares de la Princesa.

—¿El cuartel de Húsares?—respondió el chofer—. No existe ya...

Se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo no iba a existir el cuartel de Húsares suyo, al que pertenecía y donde mandaba a sus soldados?

Una piedra tocó el tambor en la portezuela.

—Bueno—dijo—, lléveme pronto a cualquier parte. Salgamos de aquí. ¿No estaba el cuartel de Húsares en la calle de tal, número tantos?...

—Sí, señor; ese era su sitio antiguamente.

—Pues lléveme a ese sitio, sea como sea.

Y el "taxi" partió.

IV (1934)

El "taxi" le depositó en un jardín de una plaza. Le pareció como si los Reyes Magos pusieran en el cesto de aquella plaza, a los niños, un húsar de cartón.

Allí se quedó inmóvil, como con la cuerda rota.

Miró a su alrededor, y su rostro se puso, de furioso que estaba, color de aceituna.

La plaza aquella de antes de su arresto, que tenía acacias y amas de cría, que era plácida y alegre y tranquila, se había convertido, como por arte de magia, en una gran arteria cosmopolita, provista de "Metro", estación de autobuses, paradas obligatorias y humanidad descuidada y democrática.

—¿El cuartel, dónde está el cuartel?—clamaba, desolado.

Nada puede igualarse al dolor de un oficial que ha perdido su cuartel. (Imagínos un soldado de plomo que se ha quedado para siempre sin caja de cartón donde meterse.)

En lugar de su cuartel, se levantaban altas y modernas casas de arquitectura alemana de vanguardia.

Llamó a un albañil que trabajaba en una obra cercana, y él mismo se asustó de su atrevimiento de preguntarle:

—Dígame: ¿no estaba aquí el cuartel de Húsares?

—Sí, señor; pero ya no existe, ni maldita la falta que hace. No se debe pensar en esos lujos ni esa ostentación, habiendo tanto pobre muriéndose de hambre y tanta gente sin comer...

—Bien. Muchas gracias.

El oficial le perdonó. ¿Qué iba a hacer, si comprendía que se estaba sobreviviendo a sí mismo? ¡Si era el último representante de una tradición extinguida!...

V (1934)

Insistió. No quiso resignarse al ostracismo, y llamó, de puerta, en puerta, a todos los cuarteles, por si en alguno le podían dar razón del suyo.

—Diga al cabo de guardia—decía—que está aquí un oficial de Húsares.

El cabo de guardia salía, volvía, le miraba fija y recelosamente, y acababa por decir:

—No podemos hacer nada por usted. Es e cuartel es el 30 de Caballería... (o el 12 de Infantería, o el 9 de Ametralladoras, o el de Carros de Combate, o el de Tanques)... Dios le ampare, mi teniente...

"Dios le ampare, mi teniente..." ¡Parecía un sueño!

VI (1935)

Por fin fué feliz después de tantas amarguras.

Un día, al salir a la calle, notó que le dejaban en paz, que nadie le miraba, que no reparaban en él. Por un momento se creyó en su época, cuando un húsar era una cosa muy natural y podía andar por la calle como una persona cualquiera.

¿Qué es lo que sucedía?

En su optimismo, olvidó la época del año en que se hallaba, y no vió a los "pierrots", ni a los cardenales del Renacimiento, ni a las majas que pasaban a su alrededor.

Entró en un baile y respiró con fruición las esencias de otro tiempo...

Sin saber cómo, un grupo de danzantes le rodeó y le llevó ante unos señores muy graves, que estaban reunidos en un proscenio.

Era un Tribunal, un Jurado.

Le miraron y remiraron, le dieron varias vueltas, le contemplaron con arrobamiento.

Los señores del Jurado cuchichearon un rato. Por fin, el que hacía de presidente dijo:

—Señores. Sin duda alguna todos los miembros de este Jurado han tenido que dar sus votos al oficial de Húsares que tenemos delante. Estamos convencidos que el público opinará como nosotros. Se trata de un disfraz perfecto, magnífico y logrado. Así iban los húsares, sí, señor...

Y dirigiéndose al oficial:

—Reciba usted nuestra felicitación sincera. Ha sido un acierto indiscutible el suyo. El público ovacionó al Jurado.

A continuación, el oficial vió que le ponían sobre los hombros una banda de moaré con un letrero y que le entregaban un billete de Banco.

El letrero decía:

"PRIMER PREMIO DE MASCARAS A PIE.—1934."

La gente aplaudió mucho más.

Y el baile continuó.

El húsar salió a la calle.

Llovía a mares, y el agua, al verle otra vez poderoso, volvía a respetarle, como en sus buenos tiempos, como en 1914...

HEBRAS DE SEDA

La belleza del peinado es más atractiva con el Petróleo Gal. Úselo metódicamente. Destruye la caspa, conserva el pelo sano y abundante. Son hebras de seda, dóciles a la ondulación y a las transformaciones de la moda.

FRASCO, 2,50
TIMBRE APARTE

PETROLEO GAL



EL JUGADOR DE AJEDREZ

Cuento de Luis Barco

(ESCRITO ESPECIALMENTE PARA "CIUDAD")

ILUSTRACION
DE SANTONJA

SVENDROW, el de los ojos glaucos, es de Donaubrucke, sobre el Danubio: un burgo del medievo, con sabor puro de Mitteleuropa, casas panzudas de varios pisos—aristados de madera de la Selva Negra—, callejas nacidas del capricho y la estrategia, rúas húmedas bejo los múltiples arcos de los edificios.

La historia os dirá que Donaubrucke es famoso por dos causas principales: la industria del cristal—se dice que los bohemios inflaron aquí sus primeras pompas fantásticas— y sus jugadores de ajedrez. Todos los años, por la época de las fiestas, los jugadores de ajedrez marchan sobre Kissingenberg, la ciudad rival, como antaño los soldados de Principados en pugna. Pero éste es un caso digno de notar: el honor ciudadano se halla cifrado en las 64 casillas del tablero. No busquéis genealogías góticas ilustres, y sí preguntad quién creó por aquí una apertura nueva o revolucionó un sistema escolástico.

Los habitantes de Donaubrucke tienen el cerebro cuadrículado, como los pantalones de Arlequín. Poseen un enemigo común, Kissingenberg, y, en el propio feudo, el vecino de la casa más próxima que sepa jugar al ajedrez. Por las noches, cuando los hornos esconden sus lenguas de fuego y los cristales acuestan sus panzas infladas de orgullo irisado, los de Donaubrucke caen sobre los casinos y bares, posan los codos sobre las mesas con tableros, sorben la cerveza negra en medio de ecuaciones de ajedrez.

La vida de la ciudad se apaga con los hornos. Pero es sólo entonces cuando bulle el verdadero espíritu colectivo, esta marmita intelectual que calienta los sesos y comba los hombres robustos y hace jadear los pechos con altas temperaturas de fundición. Los adversarios no se miran a las caras; hierven por dentro, calderas prestas a estallar. Por la noche, sobre los manteles de hule que la sobremesa deja llenos de migas de pan hechas bolitas, estos extraños antagonistas persiguen sus sueños en juegos de solitario, a la caza de las jugadas pendientes, del remate que agotará al adversario, las dos cruces del jaque-mate de toda una inteligencia vencida.

En ninguna otra ciudad descubriréis tantos odios fermentados. Se encuentran en las calles de arcos quienes un día estuvieron frente a frente, nuevos gladiadores con ansias de deshacerse. Se cruzan con indiferencia, extraños y extranjeros.

Un día llegó de una capital cercana un gran maestro. El pueblo estuvo ese día de fiesta; las bicicletas rodaron más a menudo sobre las calles pulidas; la banda de música sacó de su letargo instrumentos que soplaban labios diestros en soplar globos de cristal.

El maestro venía a Donaubrucke de paso. Pero jugaría algunas partidas en atención al fervor demostrado por sus habitantes.

El día de la exhibición los globos cristalinos se inflaron nerviosamente, los ejes no giraron con el mismo firme y seguro pulso. La ciudad alborotó sus miembros aletargados y pronto las sombras expulsaron los últimos rayos de un sol de cobre. Luces como guiños salieron de los párpados semiabiertos de los ventanales; la Taberna Principal se pobló de ruidos. Hasta que el maestro—genio admirado, casi mitológico—escapó de su gabán de piel con un gesto blando y mullido de gran señor que regala una sonrisa convencional.

Frente a frente los adversarios, el silencio se espesó en torno. Se contenía la respiración.

El maestro estaba tranquilo. Movía las piezas cogiéndolas con un gesto elegante y cariñoso. El del lunar, en cambio, tenía el rostro bañado en sudor. Brillaban sus sienes rubias, y en sus bigotes teutones bailaba una gota de cerveza. Sufría el dolor de una derrota pública, mucho más derrota aún. Un sopor cálido inundó los espíritus.

Fué entonces cuando Svendrow, el de los ojos glaucos, asomó su nariz de águila joven por entre los hombros de los espectadores, para exclamar en un trémolo:

—Dama ocho caballo.

El maestro tuvo un sobresalto y posó sus ojos sobre los ojos del niño. Le maravilló la púrpura de ingenuidad que tiñó sus mejillas. Svendrow hubiera querido desaparecer, no haber dicho una palabra. Cuando acabó la partida, el maestro quiso que Svendrow jugara con él unos minutos. Ensayó éste un gambito que dejó asombrado al visitante, con un asombro de quien encuentra una veta de oro en un lugar inesperado.

Sobre el embarcadero ribereño, entre el rumor de las despedidas, el mastro dijo:

—Este niño nos enseñará a todos. Es un genio auténtico.

Svendrow empañó el verde de sus pupilas con unas lágrimas adolescentes de gratitud. En realidad, nada que no fuera el ajedrez parecía interesarle. Las matemáticas de la escuela no dejaron huella en su corazón. Y sí los gambitos, las aperturas extrañas y complicadas, exactas como ecuaciones, tan llenas de escondrijos inesperados.

Su padre, un extranjero, aunque también danubiano, le había enseñado el ajedrez en noches preñadas de tedio, como para matar el tiempo. Porque el padre no amaba el ajedrez. Era de otra patria, y su orgullo mayor era hablar al hijo de las glorias pasadas, de gestas épicas con ruidos de clarines. Svendrow, sin embargo, interpolaba en el re-

lato de estas gestas la estrategia del ajedrez, veía los campos de Marte como inmensos tableros blanquinegros.

Una noche, el padre dijo al hijo:

—Es necesario pensar en buscarte un oficio. Eres joven y aprovecharás tu tiempo. Te harás artesano. Tus antepasados ejercieron oficios, y en ellos lograron honra y provecho. Mañana irás a casa de Herr Schneider; él, que todo lo puede en el pueblo, hará tu porvenir en un santiamén.

Con el beso paterno en la frente—adiós a la adolescencia—, Svendrow visitó a Herr Schneider. Herr Schneider jugaba al ajedrez. Svendrow asintió a la invitación con un brillo raro en los ojos. Placer de deseo satisfecho.

Los ojillos repelentes de Herr Schneider dieron vueltas y más vueltas—hasta soltaron unas lágrimas de ira—cuando Svendrow, lleno de candor, anunció mate en tres jugadas.

Y Svendrow volvió a casa triste y abatido.

—Dice Herr Schneider que no puede hacer nada por mí. Que otra vez será.

El padre masculló unas palabras de odio, que el adolescente no comprendió bien.

Una y otra vez, las tentativas por encontrar un oficio resultaron infructuosas. Invariablemente, el niño de los ojos glaucos volvía a casa con la mirada perdida en el vacío.

—Tampoco hoy he conseguido nada.

De nuevo llevó Svendrow a otra puerta de roble su llamada ingenua. La pasión local le puso frente a uno de sus posibles benefactores, gran ajedrecista, al decir de varios; dueño y señor de tierras sin confines. Y de los ojos de éste brotaron también lágrimas de rencor y rabia; ojos furiosos rojos de ira.

Como un rayo de luz, el conocimiento se abrió paso en el cerebro de Svendrow. Mordiéndose los labios, tragándose las lágrimas amargas, el niño no debió ver bien a través de su ojos anegados. Vaciló sobre el tablero, como un luchador derrotado, cuando el adversario estaba en sus manos. Unas jugadas más y... Las palabras del maestro: "Este niño nos enseñará a jugar a todos"; las del padre: "Escogerás un oficio", bailaron ante sus ojos como dos potentes contradicciones. Invasión interiormente por su último llanto de niño, Svendrow movió al azar, como un autómatas. Y sobre el gesto de triunfo de su enemigo brilló para él un sol de monedas de oro.

Si pasáis por Donaubrucke alguna vez, veréis en Wilhemsstrasse el establecimiento de un rico comerciante. Su dueño no es ni muy rico ni muy pobre, la tienda no es ni la más elegante ni la más vulgar. Pero una característica extraordinaria ha hecho de su propietario un ser exótico en el lugar: es el único habitante de la ciudad que no juega al ajedrez.

Y sus ojos glaucos y sonrientes nunca os dirán por qué.
11 enero 1935.

Se abre el año de Lope de Vega con gran fiesta sobre los tablados madrileños. El inmortal poeta irrumpió con la solemne majestad de su castellano resonante de grandezas, y le abren paso los poetas y los escritores de nuestro tiempo, formando sobre la figura eclesiástica del maestro un arco de plumas y de reverencias.

Eduardo Marquina ha hecho una adaptación anecdótica, incluyendo al propio Lope como personaje central de "La Dorotea", lo bastante discreta, como para que el público, con un gusto adocenado por el mediocre teatro contemporáneo, se entere de la existencia del coloso.

Con mejor criterio, es decir, con criterio absolutamente laudable, el Club Teatral "Anfístora", merced al esfuerzo denodado de Pura Urcelay y a la entusiasta dirección de Federico García Lorca, ha puesto en escena la versión original íntegra de "Peribáñez y el Comendador de Ocaña".

Damos a continuación unos versos de Lope en "La Dorotea" y la "Canción primera a Filis", donde se muestra la grandeza de Lope como poeta lírico en dimensiones jamás alcanzadas por poeta alguno de lengua castellana.

CORO DE CELOS

DÍCOLOS DÍSTROFOS

¡Oh celos, rey tirano!
 ¡Oh bastardos de amor! ¡Oh amor villano!
 ¡Oh guerra del sentido!
 ¡Oh engaño a la verdad, puerta al olvido!
 ¡Oh poderosa ira,
 Que en sombra amor por accidentes mira,
 Con miedo del agravio,
 Furia del necio y necedad del sabio,
 Que con tu propio daño
 Presumes engendrar el desengaño!
 ¡Cuerpo que el aire finge,
 Enigma que propone fiera esfinge,
 Substancia y diferencia,
 Que resultas del acto y la potencia,
 De amor que desconfía,
 Fuego abrasado y calentura fría!
 Por ti la bella Elena,
 Suspensa puso fin a tanta pena.



Antíope por Dirce,
 Y en las ondas del mar Scila por Circe
 Por Céfalo gallardo,
 La esposa que mató sangriento dardo,
 Por quien la blanca aurora
 Tierno maná sobre las flores llora.
 Tu imagen formidable
 Sin causa en mil tragedias fué culpable.
 No pases de recelos;
 Que si llegas a ofensa, no eres celos.

(Acto III. Escena IX de "La Dorotea".)

ORO VIEJO

Versos de Lope de Vega

SONETO
 DE JULIO



No es fineza de amor entristecerse,
 Antes deben las penas desearse,
 Porque quien es discreto en emplearse,
 Tendrá por gloria el gusto de perderse.

Amor en posesión no ha de entenderse,
 Que es honra del sujeto recelarse,
 Y puede en esperanza aventurarse
 Lo que con el silencio merecerse.

Triste estará de su celoso estado
 Quien con amor indigno se entretiene,
 Pues no hay seguridad donde hay cuidado.

Del mal empleo la tristeza viene;
 Que cuando es el amor bien empleado,
 No puede entristecer al que le tiene...

(Acto III. Escena IV de "La Dorotea".)

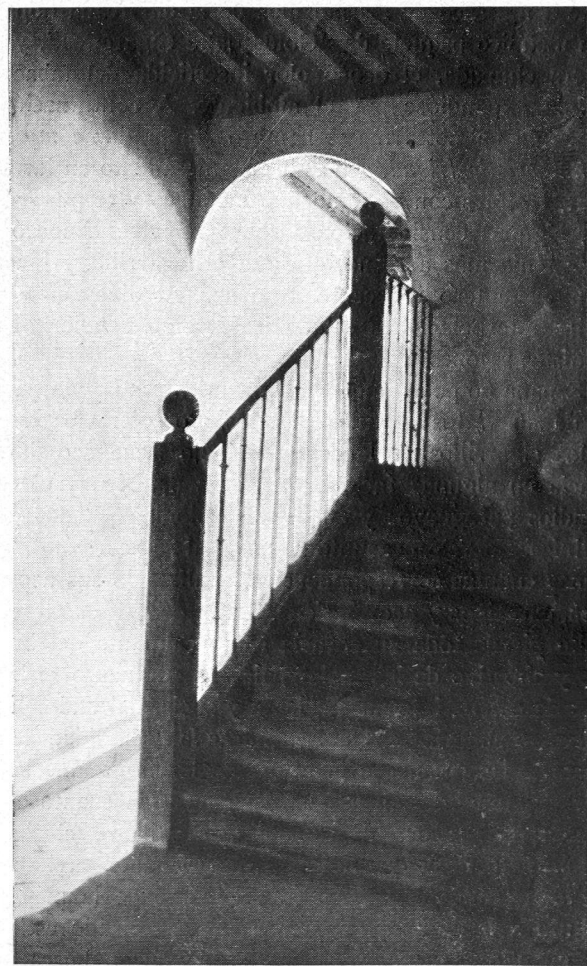
CORO DE AMOR

SÁFICOS ADÓNICOS

Amor poderoso en cielo y en tierra,
 Dulcísima guerra de nuestros sentidos,
 ¡Oh cuántos perdidos con vida inquieta
 Tu imperio sujeta!

Con vanos deleites y locos empleos,
 Ardientes deseos y helados temores,
 Alegres dolores y dulces engaños
 Usurpas los años.

Tirano violento de tiernas edades,
 El bien persuades y al mal precipitas,
 El fin solicitas del mismo a quien quieres:
 Tan bárbaro eres.



Huid sus engaños, haced resistencia
 A tanta violencia, oh locos amantes;
 Que son semejantes al áspid en flores
 Sus vanos favores.

Templa las flechas en agua de olvido,
 Amor bien nacido de iguales extremos,
 Por que cantemos tus loores divinos
 En sáficos himnos.

(Acto I. Escena VIII de "La Dorotea".)

CANCION A FILIS

*Dulce Filis, si me esperas,
 de favor has de ir mudando,
 que es mucho para burlando
 y poco para de veras.*

*Si fías en mis amores,
 pon en sus llamas sosiego,
 y si burlas de mi fuego,
 no le atices con favores.*

*No es bien que encenderme quieras
 con favor de cuando en cuando,
 que es mucho para burlando
 y poco para de veras.*

*A las del infierno ardiendo
 es mi pena semejante,
 que con el manjar delante
 estoy de hambre muriendo.*

*Con tu esperar desesperas,
 pues el favor que vas dando
 es mucho para burlando
 y poco para de veras.*

*Si mandas ¿por qué no das?
 Si lo has de dar, dalo junto,
 y si junto, dalo a punto,
 y si no, no mandes más.*

*No es bien que engañarme quieras
 con favor de cuando en cuando,
 que es mucho para burlando
 y poco para de veras.*